

La permanente actualidad de José Ortega y Gasset

Este año se cumple el centenario del nacimiento del pensador español José Ortega y Gasset (Madrid, 1883-1983). A pesar de que han transcurrido 28 años desde su fallecimiento en 1955, todavía la crítica especializada difiere en la consideración de este gran autor. ¿Era Ortega un filósofo? ¿Un ensayista? ¿Un político?

Parece fuera de duda que Ortega y Gasset fue —valorada su obra globalmente— un intelectual de primer orden, que poseyó la difícil cualidad de saber tratar con profundidad y precisión cualquier género que abordase, desde la filosofía pura a la crítica artística, pasando por el estudio de la historia y del acontecer político diario.

Precisamente por lo variado de su pensamiento, su obra no se adscribe a una tendencia concreta ni a una escuela determinada. Ortega es un europeísta, que introduce y divulga en España lo más importante de la cultura occidental de sus días; y es un liberal, que se opone a todo tipo de dogmatismo. Por esto, su obra —aunque resultado de los convulsionados sucesos de su tiempo— goza de permanente actualidad y no ha dejado de impresionar la capacidad intelectual de tres generaciones de españoles y de hispanoamericanos.

La enorme producción orteguiana se sitúa literariamente dentro del grupo que los críticos han circunscrito en torno a 1910. Sus componentes tienen sus orígenes intelectuales en los escritos de la Generación del 98 y en los modernistas, aunque no tardarán en alejarse de unos y otros para configurar su propia personalidad artística. Emplean la prosa como casi único elemento expresivo. Con ellos, el ensayo alcanza en España sus cotas

más altas de brillantez, originalidad y rigor, sólo comparables a las logradas por Miguel de Unamuno, el otro gran pensador español de la época.

Junto a Ortega, otros representantes de esta generación de prolíficos pensadores que investigaron en torno a los más diversos aspectos de la cultura, son Eugenio D'Ors, Ramón Pérez de Ayala, Salvador de Madariaga y Gregorio Marañón.

Característica destacada de la obra de Ortega es su vigencia, su actualidad constante. En ningún momento sus escritos han perdido interés ni han dejado de ser estudiados. Aun quienes no continuaron las directrices de su pensamiento no ocultan su deuda intelectual con Ortega. Así lo reconoce el catedrático de Etica José Luis L. Aranguren y también un filósofo actual de la importancia de José Ferrater Mora, que no dudaba en escribir estos días: "Lo interesante, lo fascinante, casi lo intrigante en Ortega es que siempre vuelve (...). Su filosofía aparece y desaparece, viviente y desafiante, para todo el pensamiento contemporáneo".

EL FILOSOFÓ

José Ortega y Gasset es uno de los grandes filósofos europeos del siglo XX. Pero no por eso es autor de una obra perfectamente esquematizada y encadenada paso a paso. Ortega no es un Wittgenstein. Su obra filosófica no se resume en ningún riguroso tratado, sino que se encuentra dispersa, según algunos excesivamente, a lo largo de toda su obra. Ortega es autor, no obstante, de libros enteramente filosóficos, como podrían ser "La idea de principio en Leibnitz" o "Qué es filosofía" —ambos publicados en 1958—, pero también se deben a él multitud de ensayos en los que la filosofía y la historia comparten un mismo espacio.

Como tantos otros pensadores, Ortega se impone la tarea filosófica de la búsqueda de la verdad. "Pensar es pensar la verdad", dice en "El tema de nuestro tiempo" (1923) y, años más tarde, llega a definir la verdad como "coincidencia del hombre consigo mismo" ("En torno a Galileo", 1933). Verdad y hombre aparecen como algo interrelacionado. No puede haber, pues, filosofía sin el hombre. Por tanto, su reflexión se centrará en lo real, en lo concreto, en todo aquello que condiciona y hace palpitar al ser humano.

La actitud filosófica de Ortega parte de una afirmación que, sorprendente, realiza ya en su primer libro. Cuando en "Meditaciones de El Quijote" (1914) escribe la frase "Yo soy yo y mi circunstancia", está haciendo una nueva interpretación del hombre: la de su dimensión histórica. Con ella el hombre nace y se desarrolla. No puede negarla ni dejar de

tenerla presente. La circunstancia vital de cada uno se nos impone. Es todo aquello que no soy yo, pero que forma mi "yo".

En consecuencia, el hombre no puede ser entendido como un ser aislado, sino que, al contrario, está en relación con las cosas y el mundo le es inseparable. Así, Ortega llega a la misma conclusión de Dilthey: el hombre es historia.

Antes de esto, ha sido necesario que el pensador español, que debe su formación filosófica a la escuela de Marburgo, se haya ido desprendiendo del neokantismo que recibió en las universidades alemanas, hasta llegar a la conclusión de que lo primario no es el pensamiento, es la vida. Pero no por esto cae en un irracionalismo. Cree que vida y razón no se excluyen, sino que coexisten y se complementan. De esta forma, define su filosofía como "filosofía de la razón vital".

EL HISTORIADOR

Aunque Ortega no fuese, en su sentido estricto, un historiador, su obra está repleta de sugerencias e interpretaciones históricas, tanto sobre el pasado español como sobre el de otros pueblos.

Antes de plantearse el problema de la España de su tiempo, Ortega y Gasset investiga sobre las raíces de esa situación y para ello se remonta al estudio de la Edad Media española, en la que observa que falta un fenómeno característico europeo y occidental de la importancia del feudalismo. En su libro "España invertebrada" (1921), mantiene la interpretación de que la ausencia en el país de esta organización política, social y económica supuso la inexistencia de núcleos de fuerza que hubieran irradiado en la nación los impulsos necesarios para reafirmar su vitalidad.

Sin feudalismo, es decir, sin un fuerte pluralismo sustentado por grandes personalidades, España consiguió su unificación y bastó que ésta se produjera para que se abriera al mundo como un todo compacto, tomando conciencia de la misión histórica que desempeñaba. Tras el esplendor político, llega la decadencia y se produce una apatía en el orden interno, que Ortega sintetiza diciendo que Castilla se refugia en sí misma y se hace "particularista". Se inicia entonces un mecanismo de desintegración, que cree el pensador español que culmina con los intentos de separatismos internos que se producen en España durante la década de los años veinte.

Se alcanza así —siguiendo la interpretación de Ortega— una España dividida, que carece de vínculos unificadores y de la posibilidad de volver a disponer de un proyecto incitante y atractivo capaz de aunar voluntades.

Cree que es necesario un proceso de incorporación colectiva y llega a afirmar que el Estado ha de fundamentarse en una única voluntad de los grupos que lo forman: la de hacer algo en común.

Un tema permanente de Ortega es la indagación histórica. Esta se repite a lo largo de su obra, aunque aparentemente no sea la historia lo que trata en muchos de sus libros. Conjuga a la perfección historia y presente, como puso de relieve Madariaga, para quien en esta capacidad de Ortega por "actualizar" el pasado radica la principal diferencia entre éste y Unamuno.

Además entronca, a través de la misma historia, con la filosofía. En este sentido, conviene reproducir las palabras escritas por Claudio Sánchez Albornoz poco después del fallecimiento del filósofo: "A él le debemos los historiadores la acuñación del concepto y del vocablo 'historiología'. Coinciendo con Dilthey, ha definido al hombre como un ser esencialmente histórico. Y esa concepción le ha llevado a hacer de la historia clave de su sistema filosófico y a sustituir la razón pura por la razón histórica como eje del pensamiento y de la vida humana".

EL POLITICO

La actuación pública de Ortega y Gasset se realiza en gran parte a través de los periódicos. Expone su pensamiento político, primero, en "El Imparcial"—propiedad de su familia—y, después, en "El Sol"—del que es cofundador—. Algunas de sus obras más importantes se publican en los diarios como capítulos sueltos, antes de ser editadas en forma de libro. Este es el caso, por ejemplo, de "La rebelión de las masas" (1930), que vio la luz, por primera vez, en las páginas de "El Sol".

Ya en 1913, Ortega crea la Liga de Educación Política Española, junto a otros insignes intelectuales de la época, entre ellos Manuel Azaña, que llegaría a presidir la Segunda República, y Fernando de los Ríos, que ocuparía los puestos rectores del socialismo español. Se muestran contrarios al liberalismo caduco que del siglo XIX hereda la política nacional y sitúan en el centro de su críticas al Gobierno del Conde de Romanones. Ortega, pensador liberal por encima de todo, marca entonces sus diferencias con los liberales de la época: "No aceptamos —dice en 1919— comunidad alguna con los señoritos de la regencia que han falsificado durante quince años el liberalismo español".

La dedicación de Ortega a la política se hace intensiva. Sólo resultará interrumpida durante los siete años de la dictadura del general Primo de Rivera. Y, aún así, únicamente de manera parcial, pues la cátedra, el

Ateneo, la tertulia o las páginas de los periódicos seguirán siendo su tribuna pública. La suya es una entrega excepcional a la política, como la ha calificado Juan Marichal, para quien la dedicación de Ortega "no tiene apenas equivalente en los demás países de la Europa de su tiempo (exceptuando a Benedetto Croce), porque no hay una figura transpirenaica de la importancia de Ortega dedicada tan intensamente a las tareas de orden político".

A Ortega y Gasset se le ha considerado como uno de los principales artífices de la vuelta a España del sistema republicano. Dos artículos periodísticos jalonan los momentos cruciales, primero, en la ruptura del pensador con la Monarquía y, después, en su encendida defensa de la República.

El diario madrileño "El Sol" será, una vez más, el portavoz de sus ideas. En el citado periódico, el 15 de noviembre de 1930, aparece un artículo titulado "Delenda est Monarchia", en el que Ortega acusa a la Monarquía española de haber especulado sobre los vicios de la nación, haciéndola responsable ante la historia de la situación caótica que el país atraviesa en ese momento. Sólo unos meses más tarde, el 10 de febrero de 1931, firma un llamamiento en favor de la República, junto a Marañón y Pérez de Ayala, en el que se podía leer: "La República será el símbolo de que los españoles se han resuelto, por fin, a tomar briosa mente en sus manos su propio e intransferible destino". Nacía en ese momento la Agrupación al Servicio de la República y en el mes de abril de ese mismo año caía el régimen monárquico.

Aunque no es su fe republicana la única aportación política de Ortega. A él se debe toda una concepción del Estado, inspirada en la filosofía alemana y consecuencia de una meditación histórica de España. Ortega ve al Estado como un programa de vida en común. "Es el Estado —asegura en "La Rebelión de las Masas"— una tarea común que se propone a los grupos dispersos (...). El Estado es proyecto de un hacer y programa de colaboración. Se llama a las gentes para que juntos hagan algo. El Estado no es consanguinidad, ni unidad lingüística..., es un puro dinamismo —la voluntad de hacer algo en común—".

Pero las teorías políticas del pensador español no se verán puestas en práctica. El, que había definido al Estado como "una obra de imaginación absoluta", no podía participar en el vacío al que los propios partidos y en general los intereses políticos habían llevado a la República. Su desencanto no tardaría en llegar. Deja oír su voz en un intento de rectificación, que no es tenido en cuenta. España se desquicia hacia una guerra civil y Ortega, a los pocos días del alzamiento militar de julio de 1936, toma voluntariamente el

camino del exilio. Con este gesto deja patente su alejamiento tanto de un bloque como de otro de los que se enfrentan en un conflicto que se prolongaría durante tres años.

Regresa a España en 1945. Reanuda sus tertulias y vuelve a encabezar los círculos intelectuales de la época. Crea el Instituto de Humanidades, en 1948, que dedica fundamentalmente a la discusión filosófica. Renuncia a cualquier intento de actividad política y se niega a volver a una Universidad que carece de las más mínimas cotas de libertad.

La muerte de José Ortega y Gasset, el 18 de octubre de 1955, constituyó en Madrid una inusual manifestación de duelo. Con la perspectiva que ofrece el paso de los años muchos observadores han interpretado los actos que siguieron a su fallecimiento como una convocatoria, en torno a su obra, en contra del clima de autoritarismo que se respiraba.

VIDA Y OBRA

José Ortega y Gasset nació en Madrid el 9 de mayo de 1883. Murió en esta misma ciudad a los 72 años, dejando una copiosa producción, que abarca desde la filosofía al periodismo.

Se doctoró en Filosofía por la Universidad de Madrid, en 1902. Su tesis versó sobre "Los terrores del año mil". Amplió sus estudios en Leipzig, Berlín y Marburgo, donde se relacionó con los miembros de la escuela neokantiana, especialmente con el filósofo Hermann Cohen, que influyó en la formación intelectual del pensador español. De regreso a España, consigue en 1910 la cátedra de Metafísica de la Universidad madrileña. Entretanto, ha iniciado sus colaboraciones en los diarios "El Imparcial", que dirige su padre, y en la revista "Faro", desde donde mantiene dos famosas polémicas con Unamuno y Menéndez Pelayo. Con el primero sobre el tema de la europeización de España, que Ortega considera que no puede posponerse por más tiempo, y con el segundo, en favor de las escuelas laicas.

Su primera actuación política corresponde a 1914, cuando en el teatro madrileño de "La Comedia" pronuncia una conferencia sobre "Vieja y nueva política", en la que toma postura en favor del liberalismo y critica duramente la política de la Restauración. Ese mismo año aparece su primer libro, "Meditaciones del Quijote".

En 1917 funda, junto a Nicolás María Urquiza, el diario "El Sol", que en poco tiempo se convierte en el de mayor tirada y prestigio de España, y en 1923 crea la "Revista de Occidente", en donde aparecerán los trabajos de las más prestigiosas firmas europeas y de los más eminentes intelectuales españoles.

Participa como diputado en las sesiones de Cortes, en el período 1931-33, aunque pronto abandonará su escaño desengañado de la política. Al comenzar la guerra civil sale con destino a Francia. También residirá, sucesivamente, en Holanda, Argentina y Portugal. Pone fin a su exilio voluntario en 1945, año en que regresa de nuevo a Madrid.

En esta última etapa de su vida se dedica, primordialmente, a profundizar en sus teorías filosóficas. Antes de morir, el 18 de octubre de 1955 recibió en Hamburgo la medalla de Goethe, junto al escritor alemán Thomas Mann. El día de su muerte los más prestigiosos medios de información europeos elogiaron su figura. La prensa alemana aseguró que la cultura europea estaba de luto por el fallecimiento del intelectual español. El periódico británico "The Times" se refería a Ortega como uno de los grandes pensadores europeos y el francés "Le Monde" destacaba los aspectos más importantes de sus ensayos.

Además de los ya citados a lo largo de este trabajo, se pueden mencionar, entre los libros principales de José Ortega y Gasset, los siguientes: "La deshumanización del arte" (1925), "Mirabeau o el político" (1927), "Misión de la Universidad" (1930), los ocho volúmenes de "El espectador" (1916-34), "Meditación de la técnica" (1939), "Historia como sistema" (1941), y "Meditación de Europa" (1960).

O.I.D. Colaboración de la Oficina de Información Diplomática de España.

LA HERENCIA DE ORTEGA

¿Tuvo discípulos José Ortega y Gasset? Muchos. En distintos países. Tal vez el mejor de todos es Julián Marías, a quien también se le considera filósofo por sus personalísimos aportes al pensamiento contemporáneo.

Su opinión acerca del maestro está contenida en el breve recuerdo publicado por el distinguido catedrático en varios periódicos iberoamericanos. Lo reproducimos para complementar nuestra sección Documentos:

En estos días de conmemoración del centenario del nacimiento de Ortega, en que tantos han escrito sobre él, desde el conocimiento o desde la ignorancia, desde dentro o desde fuera, con veracidad o con ánimo de utilización, con admiración casi siempre, a veces con rencor, he recordado los centenares de páginas que he escrito sobre el que fue tantos años mi maestro y amigo, sobre el que sigue siéndolo, ya que nunca he podido pensar en él como muerto, ni he podido creer que esté personalmente muerto, aunque no esté desde 1955 en este mundo.

Y al hacer memoria se me ha venido a ella, inesperadamente, un breve texto que escribí sobre él cuando tenía veintiún años, cuando era estudiante de su cátedra de Metafísica. Fue la primera vez que escribí unas palabras sobre Ortega, que nunca he recogido, que había olvidado, tal vez porque no las había firmado entonces.

Publicábamos los estudiantes de Filosofía y Letras de Madrid, en el último curso académico antes de la guerra civil, una revista titulada "Cuadernos". Creo que nada mostraría mejor lo que había llegado a ser la Universidad española en aquellos años —al menos esa facultad— que la reimpresión de los cuatro números que aparecieron de esa revista, en el curso 1935-36. En el número 2, correspondiente a diciembre-enero, en la frontera de los dos años, escribí un breve texto, como editorial, bajo el título "José Ortega y Gasset (1910-1935)". Se recordaban los veinticinco años de magisterio universitario de Ortega, en su cátedra de Metafísica; "El Sol" había publicado un espléndido número extraordinario; los estudiantes, modestamente, por medio de mi modestísima y juvenil pluma, decíamos:

"Hace poco tiempo, el 19 de noviembre último, celebró la Facultad de Filosofía y Letras una fecha de aniversario: se cumplían ese día veinticinco años desde que nuestro maestro Ortega ocupó por primera vez su cátedra de Filosofía entre nosotros. La significación de esa fecha apenas necesita ser subrayada para quienes hemos tenido la fortuna de tenerlo próximo y recibir con más integridad que nadie su influjo intelectual".

"Los que ahora estudiamos no podemos apreciar sin gran esfuerzo la distancia que encierran las dos cifras que van debajo de su nombre; y cuando lo hemos hecho, reparamos en que nos ha tocado vivir en un mundo que antes no había y del que hoy apenas nos damos cuenta, a fuerza de ser obvio y tenerlo al alcance de la mano. Y éste es, acaso, el mayor elogio que aquí pudiéramos hacer de Ortega, al conmemorar esta etapa de su vida. Ha llegado, en plena madurez, a palpar los resultados de aquello que ofreció sencillamente al comienzo de su primer libro: 'posibles maneras nuevas de mirar las cosas'. Esto, tan modesto y humilde, supone nada menos que una época nueva. Y de tal modo lo ha cumplido, que hoy ya no le sería menester presentarse como un profesor de Filosofía "in partibus infidelium". Hoy la Filosofía no nos es, como entonces, ajena, y esto sólo puede conseguirse a fuerza de Filosofía. Entre aquella situación y la nuestra median, colmando la distancia entre las fechas, una veintena de volúmenes llenos de sustancias filosóficas y esos años de labor universitaria que aquí celebramos. Y se puede afirmar que esa diferencia, desde luego en Filosofía, pero no sólo en eso, la debemos a Ortega".

"Recientemente, al recoger en un volumen los ensayos y libros de su

etapa primera, prometía Ortega, con frase platónica, desde lo alto de su madurez, una 'segunda navegación'. Nosotros queremos que estas líneas le sirvan de homenaje y que sean expresión de nuestro deseo de que esa segunda navegación lo lleve, y con él a todos, a nuevas islas y riberas no vistas".

Desde entonces, durante cuarenta y siete años, he escrito, desde muy diversas perspectivas, sobre Ortega. Ahora, para recordar esos viejos párrafos, he tenido que quitar de la máquina de escribir el original, que va creciendo, de un libro más, "Ortega: las trayectorias". En él van apareciendo, entrelazadas con la compleja vida de nuestro filósofo, esas islas y riberas que yo esperaba, a las que fui llegando, y algunas a las que no pude llegar, pero que señaló y cuyo descubrimiento hizo posible para los que de verdad quisieran navegar.

Esas breves líneas que he copiado están escritas, como corresponden a un joven —como corresponde a un hombre, diríamos mejor—, desde la esperanza. Y, si se mira bien, no pasivamente, sino desde el afán de cooperación, de esfuerzo de los demás. Yo confiaba en que esa navegación lo llevara, y con él a todos, a esas nuevas tierras.

Me ha sorprendido que en estos días centenarios, con muy contadas excepciones, se haya hablado de Ortega con los ojos vueltos hacia atrás. Al hablar de "su tiempo" se ha pensado en el de su juventud o primera madurez, como si no hubiese vivido hasta 1955. Se han recordado los libros publicados en unos cuantos decenios —menos los que tenían que ver con él, los que han recibido su inspiración y estímulo. Se habla, lo cual es un poco divertido, de "recuperación" de Ortega, como si no se hubiese estado hablando y escribiendo sobre él contra viento y marea, sin interrupción, arrostrando la hostilidad de los que imperaban y de muchos "recuperadores" de hoy. Se omite casi siempre la prueba de la fecundidad de Ortega: lo que ha brotado, incluso más allá de él, de tal manera que sin él no hubiera sido posible.

Ortega enseñaba incansablemente: "La vida es una operación que se hace hacia adelante". Así la suya, y no sólo hasta 1955, sino —así lo espero— durante largo tiempo, en perpetua innovación, libremente, pero llevándolo dentro (única manera de ir más allá de él y no repetirlo sin saberlo). Por eso, en este centenario, me he preguntado: "¿Qué empezó con Ortega?", porque eso, que es lo más sustancial de nuestro haber intelectual, no hizo más que empezar, y ha seguido naciendo y creciendo, y continuará, en España y fuera de ella, mientras no nos domine del todo una ola de arcaísmo o perdamos el sentido de la teoría y la capacidad de pensar.

Frente a la imagen de un Ortega concluso en sí mismo, sin consecuencias, es decir, sin posibilidades, solamente apto para la nostalgia, hay que

hacer revivir otra más verdadera, como manantial que no ha cesado de brotar, como 'hontanar', diría él, con una palabra predilecta, que ablandó la seca corteza de la mente española y le hizo dar nuevos frutos.

Por eso no basta con admirar externamente su obra, verter sobre ella la libación de unos elogios y volverle la espalda. Hay que absorberla, poseerla —¿cuántos tienen hoy un conocimiento decoroso de lo que Ortega pensó y escribió?—, asimilar y retener la ingente porción de verdad que encierra, no situarse en puntos de vista que se expresaron después que él, pero que son previos a él, intelectualmente más viejos; y entonces, pero sólo entonces, seguir adelante, seguir pensando, para poder llegar adonde él no pudo llegar —porque no tuvo tiempo, ni el de su vida biográfica ni el tiempo histórico que dejó de ser suyo con la muerte—, para integrarlo y dar cumplimiento, quizá contradiciéndolo, a las posibilidades que nos dejó: a su herencia libre y exenta, ofrecida a todos los espíritus libres.

Julián Marias

(Reproducción autorizada por el diario "El Sur" de Concepción).